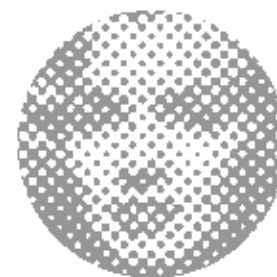


MARILYN MONROE
RUBIA
94-58-91

Miguel Fernández-Pacheco

Arthur P. Luzón



A B A B

MARILYN MONROE

RUBIA

94-58-91

Miguel Fernández-Pacheco

Arthur P. Luzón

A B A B

Cuando Marilyn firmó su testamento
el 18 de febrero de 1956,
su abogado Irving Stein le preguntó
si tenía elegido lo que quería poner en su tumba.

Ella dijo:

“Marilyn Monroe
rubia
94-58-91”

y soltó una carcajada.

© Miguel Fernández-Pacheco
© De esta edición: Abab Editores
www.ababeditores.com
info@ababeditores.com

Diseño de la colección: Scriptorium, S. L.

ISBN: 978-84-615-8192-4
Depósito legal: M-13399-2012
Printed in Spain

ÍNDICE

1. Epitafio	11
2. Recuerdo infantil	41
3. La reina de las chicas del coro	47
4. <i>Memento mori</i> por Johnny Hyde	95
5. Trifulca	101
6. Entre Miller y Kazan	115
7. El amor es un río sin retorno	121
8. El vestido de lamé dorado	145
9. Como las cataratas del Niágara	151
10. La maldición del calendario	177
11. <i>Bus Stop</i> en el corredor de la muerte	183
12. El tirante	227
13. Ángeles	233
14. Otras rubias	251
15. Con faldas y a lo loco hacia la destrucción	255
16. Dienes	291

17. Despedida	317
18. Hagamos el amor y olvidemos el psicoanálisis .	325
19. Amor de padre	361
20. Los inadaptados no cumplimos las reglas del juego	367
21. Llevaban la niebla en el alma	447
22. Epílogo	475
Apéndice	505

1

Epitafio

Cuando más cerca estuve de Marilyn fue en la Westwood Village Mortuary Chapel, en Glendon Avenue, el día de su entierro, 8 de agosto de 1962.

Llevaba obsesionado con ella desde que la tía Greta me llevó a conocer el *Cinemascope* y la descubrí, en *Río sin retorno*, a los diez años.

A partir de entonces había visto cada una de sus películas, tenía todos los discos que habían salido con sus canciones, trabajaba en mis ratos libres para coleccionar las revistas donde aparecía, las fotos, carteles, calendarios, artículos que hablaban de ella... Más de una docena de hinchados archivadores se amontonaban, bajo mi cama, repletos de toda clase de recuerdos. Hasta las entradas de *Bus Stop*, que había visto treinta y dos veces.

Mi madre decía que estaba loco. Tenía razón, loco por ella, cualquier coleccionista sabe lo que es eso.

Naturalmente, hice ímprobos esfuerzos por conocerla en persona o al menos verla, siquiera de lejos; pero aunque había estado varias veces a punto de conseguirlo, por unas razones u otras, nunca lo logré, pese a vivir en Los Ángeles, donde ella pasó gran parte de su corta existencia.

Así es que aquella mañana, muy temprano, al enterarme por la radio de que iban a enterrarla allí, decidí estar presente, pasara lo que pasara.

Hacía mucho calor. Cuando pude llegar al lugar, me di cuenta de que mi ingenuidad corría paralela con mi entusiasmo, porque centenares, quizás miles de personas, con la misma información que yo, se agolpaban en los alrededores y, aunque todavía faltaba un rato para que se celebrara el sepelio, muchos uniformados custodiaban ya la entrada al cementerio.

Pensaba que, una vez más, el destino adverso me jugaba una mala pasada y me estaba viniendo abajo, cuando me di cuenta de que conocía perfectamente al sujeto, vestido de paisano, que parecía mandar en todos aquellos gorilas. Era un tipo no muy alto aunque macizo y fuerte, con unas anchísimas espaldas y curtido por el sol y el viento de los siete mares.

Su gran cabeza, con el pelo al cepillo, parecía esculpida a martillazos y presentaba un gesto tan duro como el granito. Se parecía un poco a Clark Gable, aunque más fornido y menos simpático.

Sólo le había visto en fotografías en las que iba de uniforme, pero no me cabía duda, se trataba de Alfred Wolf, es decir el tío Alfred. Una leyenda en mi familia.

Papá, que había hecho parte de la guerra a sus órdenes, lo consideraba todo un héroe y solía referirme sus hazañas en secreto, cuando mamá no estaba. Sacaba

entonces media docena de deterioradas fotos en las que ellos dos, con otros cuantos compañeros, estaban jugando al béisbol, o posaban con bates y guantes, mientras bebían cervezas, en el hangar del portaaviones *Saratoga*, donde ambos habían estado destinados un tiempo. También guardaba, en una oxidada caja de lata, recortes de periódico que hablaban de los méritos de su superior, al que él decía deber la vida y que había recibido la medalla del Congreso de los EEUU, por acciones frente al enemigo.

Mi padre y yo mirábamos todo eso, mientras también bebíamos cerveza y además fumábamos. Hacíamos semejante rito desde que cumplí los dieciséis años. En tales momentos me encantaba oírle referir hechos que hablaban del valor y el honor, donde el entonces joven teniente Wolf llevaba casi siempre la voz cantante. No me importaba nada que, en ocasiones, pensara que se los estaba inventando. También solía contar circunstancias angustiosas y terribles, donde sólo la dureza y la entrega de la vida militar resplandecían y el compañerismo era lo único que podía salvarlos. A veces, llevado por la emoción, sus ojos se nublaban un poco y su voz se quebraba. Cuando lo veía así de vulnerable, me parecía tan humano e insignificante como yo, y entonces lo quería más que nunca.

Pero si escuchaba de lejos a mamá, llegando a casa, lo guardaba todo con infantil precipitación, incluidos los

cigarrillos y las cervezas, y poniéndose el índice en los labios solía decir cosas así:

—Muchacho, tú no sabes nada de este hombre. Jamás te he hablado de él. Si esto se llegara a conocer, pensaría que te has ido de la lengua y dejarías de ser hijo mío.

Y es que la tía Dorothy, la hermana mayor de mi madre, había estado casada con Alfred Wolf desde el año 32 hasta el 39, en que la había abandonado con sus dos hijas para alistarse, con mi padre, en la marina y luego nunca había vuelto a casa, ni escrito jamás, ni contestado ninguna carta, es decir, había desaparecido por completo y, claro, parece que la tía Dorothy lo odiaba con toda su alma, tanto que también daba la impresión de que le amaba igual de intensamente. Mi madre la seguía en ese rechazo, digamos demasiado profundo, de modo que su nombre estaba prohibido también en nuestro hogar. Mis primas Pamela y Vanesa, influidas por ellas, también le aborrecían, lo que a mi padre le parecía una suprema injusticia, si bien en su fuero interno, que sólo yo conocía.

No había tiempo que perder, el caso era que allí estaba el tío Alfred, de modo que me fui hacia él. Naturalmente, uno de los hombres que le rodeaba me cerró el paso. Lo más tranquilo que supe le dije que era sobrino suyo y que tenía un recado que darle. El de uniforme se lo dijo al oído y ¡había que ver la mirada que me

echó! Con un gesto de fastidio me hizo señales para que me acercara:

—¿Qué es lo que quieres?

—Soy Arthur P. Luzón, el hijo de su amigo Thomas, señor.

—¿Es posible que seas hijo del sargento Pérez Luzón? ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho, señor.

No pudo dejar de esbozar algo parecido a una sonrisa y su cara se dulcificó un tanto.

—Claro, debiste de nacer cuando ya no estábamos juntos.

—En el 44, señor.

—Déjate de esas monsergas de señor, en realidad soy tu tío y, ahora que lo pienso, creo que te pareces bastante a tu padre. Tu pelo es tan negro y lacio como el suyo y tienes esos mismos ojos, un poco achinados, típicamente filipinos. No has sacado nada de las pelirrojas Campbell, muchacho.

—Sí, los ojos verdes.

—Cierto, si se los mira bien son verdes, aunque no como los de ellas. Tu madre y Dorothy tenían los ojos más bonitos del mundo —lo dijo tranquila y apaciblemente, cambiando su hosca expresión por una soñadora, como de alguien que recuerda un tiempo agradable—. ¿Y cómo está tu padre?

—Supongo que como siempre.

—¿Sigue trabajando en ese gran garaje?

—No. Ahora tiene uno pequeño, pero suyo.

—¿Y tú no le ayudas?

—Me gustaría, pero no me deja, quiere que estudie.

—Hace bien. Dale recuerdos. Tu padre fue, un tiempo, mi mano derecha. Confiaba mucho en él. Nunca me falló. Era un valiente. ¿Y tu madre?

—Como siempre, también.

—Era la más guapa de las tres.

—Para mí la más guapa es Greta.

—Es que cuando yo me fui era casi una niña, pero es verdad que era preciosa... y dime, ¿ves a las hijas de Dorothy?

Me extrañó que no dijera *a mis hijas*.

—De vez en cuando, por Navidad, en las fiestas familiares... También están muy guapas. Pamela se casó el año pasado y Vanesa ya tiene dos niños...

Iba a continuar diciendo *ya soy tío dos veces*, pero me callé, porque entonces él habría tenido que añadir *y yo abuelo*. ¿Se habría enterado por mí? La cuestión es que se hizo un silencio embarazoso, que acabó por romper él:

—En fin... quizás algún día debiera escribirles... Es que el tiempo ha pasado tan deprisa para mí que ahora creo que no sabría por dónde empezar... ¿Qué te parece a ti?

Me sorprendió que me preguntara algo así. Pensé que no debía contestarle, pero lo hice, sintiéndome cada vez más confuso.

—Bueno, no sé..., aunque si me pongo en el lugar de Pamela y Vanesa creo que debiera escribirles. Quizás, en principio, no se lo tomaran demasiado bien, pero después pienso que les acabaría gustando.

—¿Por qué no se lo iban a tomar bien?

—Porque... puede que estén engañadas..., no sé...

—¿Engañadas?

—Quiero decir... que deben odiarle..., señor.

Puso una cara como si le estuvieran clavando lentamente un cuchillo. No sabía cómo arreglarlo.

—Con que me odian, ¿eh?

—Mi padre dice que la tía Dorothy y también mamá, claro, que piensa lo mismo que su hermana, las han envenenado. Él cree que usted no se merece eso, pero no puede intervenir porque no quiere hundir su matrimonio.

—¿Y qué es lo que piensan mis hijas de mí?

—Pues que... es usted un canalla, señor.

Volvió a hacer como que sonreía, aunque su sonrisa tuviera un aire... satánico.

—Quizás tengan razón.

Comprendí que me había enfangado en una conversación que nunca debía haber comenzado. Ahora sí que hubo un silencio largo de verdad y la cara del tío Alfred volvió a ser de granito.

Entretanto, un espectacular Rolls Royce modelo Silver Wraith del año 55, negro y plateado, se paró delante del cementerio y un hombre de color, uniformado

de gris, con gorra de plato y polainas, salió corriendo a abrir la puerta derecha de atrás.

Se bajó un caballero delgado y alto, de casi dos metros, canoso, elegantísimo, con un traje de hilo color *beige*, corbata negra, brazalete negro, sombrero de panamá y zapatos de cocodrilo, que se dirigió educada y ceremoniosamente a los vigilantes de la puerta.

Uno de ellos se acercó a nosotros:

—Capitán, el caballero quiere hablar con el señor Di Maggio.

El tío Alfred miró su reloj.

—Tendrá que esperar. Di Maggio no está visible todavía.

Lo dijo en un tono que evidenciaba su mal humor y sus pocas ganas de colaborar.

El caballero se había acercado sonriendo, como para saludarlo, pero al ver su gesto se quedó parado, a un metro de donde estábamos, esperando acaso a que el capitán se dirigiera a él de algún modo.

Pero sólo se dirigió a mí:

—Y bien, ¿qué es lo que tienes que decirme?

Por cómo lo preguntó, me acabó de quedar claro que, dijera lo que dijera, la respuesta sería un no. Puede que por pensar eso hablara, quizás, sin mucha convicción.

—Pues verá, quisiera asistir al entierro de Marilyn. Esperaba que usted me lo permitiera.

Le noté sorprendido. Se me ocurrió que no imaginaba ni remotamente que le fuera a pedir algo así.

—¿Eres familiar o amigo suyo acaso?

—No, soy sólo un admirador y un coleccionista de sus recuerdos desde que tengo uso de razón; he visto todas sus películas, guardado todas sus fotos..., en fin, que esto es muy importante para mí.

—Lo siento, chico, pero los admiradores están ahí fuera. Hay una lista muy estricta. ¿Ves aquel caballero con papeles en la mano? Es John Springer, el padre de Di Maggio; él lleva las relaciones públicas, yo sólo me ocupo de la seguridad, es decir, de que los admiradores no se cuelen, ¿entiendes? Solamente familiares y amigos designados por Di Maggio. Ni periodistas, ni actores, ni fotógrafos, ni gente de los estudios. Menos de treinta personas, ¿te das cuenta?

—Ya, pero yo pensaba...; es la ilusión de mi vida, ¿sabe? Creía que...

—Lo siento, no puedo ayudarte.

—Dado que soy su sobrino...

—Lo siento.

Se me empezaron a saltar las lágrimas. La verdad es que no pensaba que lloraría por algo así, puede que fuera por la tensión que mi imbécil intervención había ido creando... El caso es que dos gruesos lagrimones rodaban por mis mejillas sin que pudiera evitarlo y antes de darme cuenta de lo que ocurría. Me

maldecía por ser tan infantil. Estaba muerto de vergüenza.

El tío Alfred se limitaba a señalar la puerta, cuando el hombre alto, que estaba a nuestro lado, se dirigió a él:

—Perdone que me inmiscuya donde no me llaman, pero no he podido evitar escuchar la petición del chico y dado que me encuentro aquí en circunstancias parecidas a las suyas, quisiera interceder por él.

—¿Interceder? ¿Qué significa eso?

—Que le ruego que le permita quedarse...

—Pero usted, ¿no es el que dice que es amigo del señor Di Maggio?

—Naturalmente, pero también tuve la suerte de conocer a Marilyn en el año 49, cuando aún no era famosa. Eso me convirtió en admirador suyo para siempre. ¿Usted llegó a conocerla?

—Más de lo que quisiera. Precisamente Di Maggio me encargó de su seguridad durante ocho meses, después de su boda...

—Entonces sabe cuán encantadora podía llegar a ser...

—Y conflictiva también.

—Por supuesto, pero eso puede que la hiciera aún más atractiva. ¿Estuvo con ella en Corea?

—Claro.

—Tengo un documental maravilloso de su actuación ante las tropas.

—¿El de Archivald Steiner? —no pude evitar preguntarle.

El tío Alfred me miró con cara de perro, pero el caballero del Rolls se apresuró a decir:

—Sí, sí, joven, puedo conseguirle una copia, ya le he escuchado decir que es coleccionista.

—Desde pequeño, y créame que se lo agradezco, pero no puedo permitirme, por ahora, adquirir una copia cinematográfica.

—¡Oh, yo tendré el gusto de regalársela! Entre otros negocios poseo una productora en la Argentina. No es tan grande como las de aquí, aunque para aquello no está nada mal.

—¿Pero usted quién es? —terció mi tío menos seco que antes, pero aún reticente.

—¡Ah! Disculpe que no me haya presentado. Soy Octavio Torlés y dirijo manufacturas de cuero y lana en mi país. Desde este momento puede considerarme amigo suyo —y le tendió la mano, con una amplia sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó, aún áspero, Alfred Wolf, aunque sin dejar de estrechársela.

—Porque conoció usted a Marilyn y he visto en su cara, cuando hablábamos de ella, que también la amó. Como yo, como este chico. Le ruego que le permita quedarse, amigo.

—Eso no es asunto suyo, ni mío, cumplo órdenes...

Pero ya llegaban los primeros enlutados y cariacontecidos asistentes, las coronas de flores... La gente se amontonaba fuera.

De pronto, el tío Alfred se volvió hacia nosotros y con su cara de fastidio habitual dijo:

—Está bien. Entren los dos y procuren pasar desapercibidos.

Faltaba todavía un rato para la ceremonia y deambulamos, sin objetivo fijo, por los jardines del lugar.

Nos llamaron la atención un par de sujetos que charlaban, medio ocultos por una cripta, relativamente lejos, aunque no tanto como para que no escucháramos lo que decían con cierta claridad.

Uno era un sargento de la policía de Los Ángeles, con uniforme de gala. El otro, de paisano, con aspecto de no haber dormido en toda la noche, despeinado y con la ropa arrugada, puede que fuera otro policía, un forense... Lo importante no era quiénes fueran, sino de lo que estaban hablando.

—A las 4:25 del domingo pasado, o sea el 5 de agosto —decía el sargento—, sonó el teléfono de mi despacho y una voz desconocida dijo: “Marilyn Monroe está muerta; se ha suicidado”. Decidí ir personalmente al 12305 de Fifth Helena Drive, donde sabía que estaba su casa. Tardé en llegar apenas diez minutos. La encontré en el dormitorio, boca abajo en su cama, sin ropa y tapada por una sábana. Había muerto hacía bastante tiempo. Allí estaban su psiquiatra Greenson, su internista Engelberg y la especie de enfermera que la cuidaba, la Sra. Murray, quien, por cierto, me llamó la atención

que estuviera poniendo una lavadora en plena madrugada en el escenario de... pongamos un suicidio.

»Le pregunté a ella qué había pasado y me dijo que “hacia la medianoche” la habían encontrado así. Me extrañé de que hubieran tardado más de cuatro horas en llamarnos y el psiquiatra se justificó diciendo que “había tenido que conseguir permiso del departamento de publicidad del estudio antes de llamar a nadie”, ¿no te parece raro?»

—Todo en este caso lo es. ¿Qué pasó después?

—Para entonces la prensa debía de haber interceptado nuestras emisoras porque la noticia ya circulaba, con toda clase de bulos, por radios y periódicos. Entonces aparecieron en la casa el agente Pannone y el inspector Byron, que se hizo cargo del caso e interrogó de nuevo a aquellos tres siniestros pajarracos. Pude escuchar cómo la Murray, con un descaro increíble, cambiaba su declaración, sosteniendo que habían encontrado el cadáver a las tres de la madrugada.

»Lo cierto es que Byron, igual que yo, tampoco quedó muy convencido de lo que le contaron aquellos tres.

»Luego vino el agente Marshall, de la división oeste, quien se puso a buscar una nota de suicidio que no encontró, cosa que igualmente no deja de ser algo chocante.

»Después llegó el abogado de Marilyn, Milton Rudin, cuñado del psiquiatra, que al parecer ya había estado

antes en la casa y se había marchado, ¿lo ves normal? Venía con la publicista de ella, Pat Newcomb, ¿sería la culpable de haber retrasado más de cuatro horas la investigación? En cualquier caso, nadie la interrogó. Es del dominio público que es íntima amiga de los Kennedy, ¿qué se traerán entre manos?»

—Las malas lenguas dicen que los ejecutivos de la Fox estuvieron por allí quemando documentos comprometedores en la enorme chimenea mexicana.

—Marshall, que estuvo presente todo el día, asegura que no, pero yo he oído algo peor, que también los esbirros del fiscal general del Estado, Bob Kennedy, hicieron lo mismo. Vaya usted a saber. Personalmente, no confío demasiado en Marshall... pero acaso soy un escrupuloso, o un aprensivo... Lo que sí me dijo es que la Murray telefoneó a un yerno suyo y le pidió que cambiara el cristal de una ventana del exterior, que Green-son había roto con el atizador de la chimenea cuando tuvo que entrar “a eso de las doce” en el dormitorio de la estrella que, según ella, estaba cerrado, ¿cómo fue que se lo permitieron? Y aún más grave, Marshall jura y perjura que Marilyn jamás cerraba esa puerta, desde que, por error, la internaron en un psiquiátrico en Nueva York.

»Es decir, que primero lava las pruebas, después cambia la hora del hallazgo del cuerpo y por último repara el cristal antes de que la policía precinte la casa, alegando una razón absurda. De verdad, me parecen

demasiados indicios como para presumir ninguna clase de inocencia. Si yo estuviera al cargo, la Murray habría ingresado esa mañana en comisaría. Y a los otros dos se los hubiera investigado a fondo.»

—¿Y cuándo se trasladó el cadáver?

—A las cinco y media, cubierto por una manta rosa y sujeto a una camilla de acero. Se cargó en una camioneta de reparto que haría una parada aquí, en el Westwood Village.

—¿Aquí? ¿Para qué? Debía haber ido directo al depósito, para que se le hiciera la autopsia lo antes posible. ¿O crees que pueda tratarse de un subterfugio de la productora para eludir la idea del suicidio?

—No sé, la verdad. Hay tantas incongruencias y tantos puntos oscuros en todo esto que cuesta pensar que sea sólo un suicidio.

—En cualquier caso, yo vi el cuerpo en el depósito, cerca del mediodía del domingo, cuando el forense suplente Thomas Noguchi había terminado con él.

—¿Y qué opinas?

—Pues que el informe también era poco preciso. Según Noguchi, no había apenas restos de drogas en el estómago ni en el duodeno, que es donde normalmente se suele realizar la absorción, pero sí una elevada concentración en el hígado. Además, una zona importante del colon presentaba una marcada congestión y una decoloración púrpura, luego la sustancia que se usó se

administró por vía rectal. Una forma de suicidio poco corriente y complicada de preparar.

—¿Propia quizás de profesionales? ¿Qué se le irrigó, Nembutal, hidrato de Cloral?

—O cocaína, ¿quién sabe? Hay un montón de productos...

—Pero ella estaba habituada a los barbitúricos. ¿Cuántas veces fue tratada clínicamente por intoxicación? ¿Seis, ocho tal vez? En este caso debió de ser una dosis colosal...

—De cualquier manera, siempre que ella abusó de los medicamentos hubo cerca gente que se dio cuenta de su estado, que yo sepa la ingresaron en urgencias algunos de sus conocidos. Hace poquísimo, en el Cal Neva de Sinatra, fueron Pat Kennedy y Peter Lawford los que la salvaron de milagro.

—Pero en esta ocasión nadie la ayudó; y eso es también muy extraño, porque se pasó hablando por teléfono, casi sin parar, la tarde y la noche del sábado. En fin, que si la autopsia debía haber sido más concluyente, la investigación de sus amistades también debería haberse emprendido de modo riguroso... ¿Qué quieres que te diga? Ese doctor Greenson tiene cara de asesino, y su ayudante, la Murray, parece sacada del túnel del terror de una feria.

—¿Pero qué interés podían tener ellos en que muriera? Viva les resultaba más rentable.

—¿Acaso no has oído el rumor de que pensaba despedirlos a los dos, porque iba a volver a casarse con Di Maggio...?

—¡Qué barbaridad! ¿Y qué me dices del clan Kennedy? Esos sí que tienen cosas bien serias que ocultar. He oído decir que ese Lawford sabía desde poco después de las siete del sábado que Marilyn estaba fatal... Ese pájaro es cuñado del presidente e íntimo de Sinatra...

—Bueno, en ese sentido, Hoffa o Giancana me parecen más peligrosos...

—¿Más que Hoover? ¡Bah! Nunca sabremos si la mataron y mucho menos quién fue, hay demasiados peces gordos en este asunto.

—No lo crea, amigo, es cuestión de tiempo, la policía siempre gana. Los taponos de los políticos acaban destapándose.

—Sólo creo, si acaso, en la ciencia; los métodos de investigación avanzan, sí, pero la gente olvida pronto y la mayoría nunca se descubren.

Viendo que empezaban a divagar, Octavio Torlés se apartó de ellos y yo le seguí. El argentino parecía muy impresionado, estaba pálido, sudaba, se mesaba los canosos cabellos. Pienso ahora que yo debía de estar tan afectado como él, pero hacía esfuerzos sobrehumanos por que no se me notara.

—¿Usted cree que... la asesinaron? —le pregunté conteniendo las lágrimas, aunque me sentí algo idiota después de haberlo dicho.

—No sé qué pensar, la verdad. Me cuesta creer que alguien pudiera deshacerse, así como así, de una persona como ella... un ser tan humano, tan...

—¿Perfecto?

—Perfecto, sí, y por eso tan sensible, tan bello, tan vulnerable, tan inteligente y a la vez...

—Tan frágil.

—De todos modos, ella no lo siente ya. Seguramente no hay nada después de la muerte. Tranquilícese, muchacho.

—¿Entonces por qué me la imagino en un mundo de luz?

—Porque tenemos miedo al vacío, a la nada y necesitamos rellenarla con cualquier cosa... ¿Cómo me ha dicho que se llamaba, joven?

—No se lo he dicho. Me llamo Arthur P. Luzón, pero puede llamarme Art.

—Hemos de estar en contacto, Art —dijo empezando a tutearme—. Tú vives aquí, tendrás más información que yo, quisiera acceder a cuanto se averigüe sobre esto.

—Claro, te enviaré todo lo que tenga interés, aunque me gustaría que también me contaras lo que viviste con ella, cómo la conociste...

—¡Ah! No sé si sabría referirlo así, de viva voz, hace más de diez años que ocurrió y me costó bastante escribirlo. Pero tengo unos cuantos folios copiados en papel carbón, que guardo como oro en paño. Una parte de ellos incluso se publicó.

—¿Querías mandármelos? Te los devolveré en cuanto los haya transcrito. Oyéndote se me acaba de ocurrir que debiera coleccionar también recuerdos de gente que haya tenido alguna relación con ella. Sería genial, ¿no?

—Claro, te los enviaré con el corto de Corea y unas cartas de Borges que también tienen un interés anecdótico enorme, casi nadie sabe que ellos se conocieron.

La mayoría de los convocados se dirigían ya a la capilla. Entramos. Ella estaba allí, en un ataúd de bronce envuelto en una tela de raso, con un maquillaje ideal, un pelo perfecto, un traje verde de *nylon*..., era como la bella durmiente del bosque. Sonaba una música preciosa, que Octavio me dijo que eran pasajes de la sexta sinfonía de Tchaikovski. Cuando la mayoría nos habíamos acomodado se escuchó algo que reconocí y que sabía que Marilyn adoraba, *Over the rainbow* de *El Mago de Oz*. También era mi canción favorita y recordaba incluso una parte de su letra:

*Somewhere over the rainbow
bluebirds fly
birds fly over the rainbow
why then, oh why can't I?*¹

¹ En algún lugar más allá del arco iris
los pájaros azules vuelan
los pájaros vuelan más allá del arco iris
¿por qué entonces, oh, por qué yo no?

Después, un sacerdote dirigió varias plegarias. Luego, un hombrecillo mayor, con gafas redondas y voz temblorosa —que Octavio me aclaró que era Lee Strasberg, el director del Actors Studio y profesor de interpretación de Marilyn—, leyó emocionado:

—La conocimos como una persona cálida, impulsiva, tímida y solitaria, sensible y temerosa del rechazo, aunque siempre deseosa de vivir y anhelando la realización. El sueño de su talento no era un espejismo.

Joe Di Maggio se inclinó sobre el ataúd y besó a la estrella muerta mientras decía: “Te amo, cariño... te amo”, repitiéndolo muchas veces mientras le ponía en las manos un ramillete de rosas.

Octavio y yo, pero también muchos de los asistentes, llorábamos a lágrima viva, igual que el famoso bateador. Sabía que, cuando se casaron, ella le había pedido a Joe que le llevara flores a su tumba todas las semanas. Mientras Di Maggio vivió, lo haría.

A unos cientos de metros de la capilla estaba la cripta de mármol donde la enterraron y donde colocaron una placa de bronce que decía:

Marilyn Monroe
1926-1962

En alguna parte había leído lo que ella fantaseó respecto a su epitafio en el año 56. Al firmar su testamento, riendo, había dicho que podían poner:

Marilyn Monroe
rubia
94-58-91

Sólo alguien genial, con un sentido del humor extraordinariamente inteligente y una sana falta de respeto por los convencionalismos sociales, hubiera bromeado así con lo que había sido su principal mérito pero también su peor pesadilla: su precioso cuerpo. Un cuerpo que ahora quedaba allí para siempre, aunque su alma seguramente no moriría nunca. Al menos la especie humana, a la que había pertenecido con tanta intensidad, en sus glorias y en sus miserias, no la olvidaría jamás.

Pienso que la mayoría de los que asistimos al entierro percibimos, de un modo u otro, cierta conmoción ante aquellos primeros pasos de Marilyn hacia la inmortalidad.

En mi caso, ese estremecimiento supondría, entre otras cosas, una ruptura completa de mis intenciones como coleccionista.

De repente, los archivadores que se amontonaban bajo mi cama de estudiante pasaron a parecerme ridículos. Tenía sólo dieciocho años, pero ya se me alcanzaba que aquellos recortes de prensa que atesoraba eran interesantes y manipulaban más que informar; que la mayoría de los reportajes y campañas de publicidad promo-

vidas por los estudios, que ella tuvo que protagonizar, envilecían su imagen además de falsearla; que muchas de las películas que yo adoraba eran aborrecidas por mi estrella favorita...

Había llegado el momento de cambiar. Aquella mañana acababa de conocer a dos personas que la habían tratado y en mi cabeza, removida por la muerte, se había hecho una luz. A partir de ahora, en vez de repartir periódicos para comprar recortes mentirosos de su vida, usaría mi tiempo libre para buscar vivencias auténticas, historias reales, tanto de los que habían estado con ella como de los que simplemente, como yo, la habían querido. Recogería lo inolvidable de unos y otros, sin importarme si, con la emoción, exageraban un poco, como acostumbraba a hacer mi padre cuando me contaba *su* guerra. Era suficientemente mayor como para saber que, muchas veces, una fantasía estremecedora es más real que un montón de frías verdades. Estaba seguro de que, en unos cuantos años, tendría algo así como un original álbum de recuerdos de Marilyn, que ocuparía menos espacio que mis archivos y sería más auténtico, y, sobre todo, más emocionante que cualquier biografía que pudiera construirse a partir de ellos.

Sumergido en semejante torbellino de pensamientos, apenas me di cuenta de que todo había acabado en Westwood Village. La selecta concurrencia que asistió al entierro, cariacontecida y acalorada, comenzó a salir.

Octavio y yo fuimos de los últimos en hacerlo. Él insistió en despedirse de Alfred Wolf, a quien dijo, envuelto en sus aires de gran señor pero sin dejar de sonreír como sólo un argentino sabe hacerlo:

—Capitán, gracias por permitirnos la entrada. He de confesarle paladinamente que no soy amigo del gran Di Maggio pero, igual que su sobrino, no me resignaba a quedarme fuera...

—¿Cree que no lo sabía? —le contestó él exhibiendo su mejor sonrisa de hombre duro, mientras estrechaba las manos de los dos, de un modo algo doloroso.

—En cualquier caso, usted sí puede asegurar que tiene un amigo en mi tierra; cuando vaya por allá no dude en llamarme, nosotros nunca olvidamos a quien nos ayudó —y le tendió una tarjeta.

—Lo mismo digo —correspondió el tío Alfred ofreciéndole la suya—. Si regresa a Los Ángeles y necesita cualquier cosa, tendré mucho gusto en volverle a ayudar. Pero, por favor, no me llame capitán, hace nueve años que dejé de serlo.

Luego, poniéndome sus zarpas sobre los hombros, aunque era más alto que él, me dijo:

—Da recuerdos a todas esas chicas que me odian. Diles, si te atreves, que yo las sigo amando, sin embargo. Y a tu padre dale este abrazo de camarada.

Me estrujó miserablemente y después me introdujo otra tarjeta en el bolsillo de la camisa, añadiendo:

—Esto es sólo para él, por si alguna vez quiere tomarse unas cervezas conmigo.

Vinieron a buscarlo algunos agentes. Al parecer se había previsto que, cuando salieran los invitados, pudieran entrar cuantos quisieran de los que esperaban fuera.

Una nube de reporteros y fotógrafos, tras retratar y acosar a los que se marchaban, se dirigían en tromba hacia la tumba.

El Rolls de Octavio —quien se había ofrecido a llevarme a casa— se iba aproximando hacia nosotros, que le esperábamos en la puerta del cementerio, entre la turba de gente que corría. Un perro desconcertado se le cruzó delante y una jovencita pelirroja, que lo vio en peligro, se tiró tras él tratando de asirlo. El coche frenó, pero bastó una fracción de segundo para atropellarla, mientras el perro escapaba indemne.

Oímos un golpe seco y vimos a la muchacha caída en el asfalto. Corrimos a ayudarla y varios agentes lo hicieron con nosotros.

El chófer fue el primero en llegar. No había sangre, ni nada parecía roto, pero la joven no recuperaba el sentido, ni aunque le humedecieron las sienes.

La colocaron en el asiento de atrás, donde me hicieron pasar a mí también. Octavio se sentó delante, con el conductor. No podíamos estar más atribulados. Dos policías motorizados nos abrieron calle y nos escoltaron hasta el hospital más próximo.

Su pelo era aún más rojo, pero también más prodigiosamente dorado que el de mamá o las tías Dorothy y Greta. Por otro lado, su piel no era tan blanca como suele ser habitual en los pelirrojos, sino suavemente tostada, como de mulata, lo que le confería un aire de lo más exótico. Se me antojó preciosa y única.

Tardó tres días en recuperar la consciencia, pero fue un verdadero alivio saber, después de esas jornadas tan angustiosas, que no le había ocurrido nada, sólo una especie de conmoción cerebral, al parecer sin consecuencias. El hospital decidió tenerla en observación un par de semanas, hasta estar seguros de que no habría secuelas. No las hubo.

Fuimos a verla todos los días, antes y después de que despertara. La última semana la visité yo solamente, ya que Octavio Torlés había tenido que regresar a Buenos Aires.

La jovencita en cuestión se llamaba Rose Dayton y vivía con su abuela, pues era huérfana. La anciana, casi tan encantadora como ella, llevaba galletas al hospital todos los días.

Rose acababa de terminar su bachillerato con excelentes calificaciones y quería ir a una buena universidad. Octavio le ofreció una beca fabulosa para que pudiera hacerlo con más facilidad.

El tío Alfred, que fue informado del accidente por sus amigos policías, también apareció una tarde por el

hospital, cuando Rose aún no había despertado. Charló con Torlés cordialmente y a mí me comentó que se había reencontrado con papá y habían bebido litros de cerveza. Quedamos en vernos más adelante para que me contara sus recuerdos con Marilyn.

Rose me gustaba, la verdad, aunque pensaba que era demasiado joven como para decírselo. Quizás tuviera miedo de que no me aceptara. El caso es que había decidido esperar y darnos tiempo en ese sentido. También, a ratos, creía que podría gustarle, sobre todo porque se mostraba conmigo más tímida y a la vez más agresiva que con nadie.

Lo más importante, para mi nueva colección, fue que, a poco de despertarse, tuvimos la siguiente conversación:

—¿Qué hacías en la avenida Glendon el día en que te atropellaron?

—Había ido al entierro de Marilyn.

—¿Te gustaba?

—Bueno, no sé en realidad... pero mi padre se mató por ella.

Me quedé estupefacto y se hizo un silencio embarazoso. No sabía cómo romperlo.

—¿Te he asustado? —me preguntó al fin.

—Más bien me has sorprendido... e intrigado.

—Bueno, lo siento, pero por ahora no tengo suficiente confianza contigo como para contártelo, aunque

supongo que, si vamos a seguir siendo amigos, más adelante me atreveré a hacerlo.

Hubo otro silencio y continuó.

—Quiero decir que... vamos a seguir siendo amigos cuando ya no esté en el hospital, ¿verdad?

—Por supuesto, Rose. Incluso puede que algo más que amigos, ¿no?

—Ya se verá.

Eso fue todo, por el momento.

2

Recuerdo infantil

Cuaderno rosa

Escuela Primaria de Arbol Drive. Los Ángeles.

Curso: 1934.

Alumna: Norma Jeane Mortensen.

Redacción: ¿Qué es lo mejor que me ocurrió este invierno?

Lo mejor de este invierno fue la fiesta de cumpleaños que dio mi tía Grace McKee, que vinieron todos sus compañeros de montaje de la Consolidated, cada uno disfrazado de un animal; había pavos, cacatúas, libélulas, osos... y ella, como es la jefa, iba de Catalina de Rusia.

La tía me había hecho confeccionar un vestido de seda ideal, de color gris, con un gorrito que llevaba cosidas unas grandes orejas porque iba disfrazada de ratoncita. También tenía una cola que le colgaba por detrás. Era muy divertido.

Me maquillé “a conciencia” —como dice ella— pintándome unos bigotes, me rizó el pelo con tenacillas calientes, me lacó las uñas de plata y me pintó los labios de un rojo maravilloso. Nunca me había visto más guapa.

Mirándonos juntas al espejo me dijo, otra vez, lo de que cuando fuera mayor tenía que ser estrella de cine; pero no una cualquiera, sino tan importante como Jean Harlow por

lo menos. Me lo pone muy muy difícil, porque me parece que ella es la mujer más guapa del mundo.

Pero la señora Bolender, que es quien me cuida mientras mamá esté en la casa de reposo de Santa Mónica, cree que el cine es sólo un enorme pecado y Jean Harlow la gran ramera de Babilonia. No sé qué pensar.

En la fiesta todos parecían alegres, menos mamá, que también vino, pero estaba tan cansada que se fue enseguida a acostar. Tuvo que hacerlo en la buhardilla, para que el ruido no la molestara tanto.

El cumpleaños duró casi todo el día, pero, por la noche, cuando todos se fueron, la mayoría bastante “piripis”, como vimos que mamá estaba dormida, la tía Grace y yo, después de ducharnos, nos cambiamos de ropa y nos fuimos al cine a ver Polvorilla y Busco millonario en programa doble. Al final, nos quedamos dormidas y tuvieron que despertarnos cuando todos se habían ido. Creo que fue el día más feliz de mi vida.

* * *

Esta redacción, de cuando tenía ocho años, en un papel completamente amarillo, me llegó hace unos días, junto con otros recuerdos que Grace guardaba, enviada por una pariente lejana de ella, agradeciéndome que hubiera pagado su funeral.

Se trata de que el pasado 28 de septiembre (estamos en 1953) murió Grace McKee Goddard, que fue para mí algo así como una segunda madre —y tal vez la única— cuando la

primera se volvió loca y hubo que internarla porque, un día, atacó a Grace con un cuchillo.

Aunque en mi infancia la adoraba, porque ya a esa edad me llevaba a la peluquería y hacía todo por resaltar mi coquetería femenina —ella misma se arreglaba en exceso e iba siempre teñida de platino como la Harlow—, no fui a su entierro pese a haberlo pagado.

No ha sido sólo por no mostrarme ante la gente y tener que hacer declaraciones sobre mi pasado, siempre molestas, ante estúpidos periodistas, sino porque últimamente estábamos muy distanciadas. Hacía dos años que me daba miedo visitarla, exactamente igual que me ocurre cuando voy a ver a mi madre.

Alcohólica crónica desde hace tiempo y últimamente con ataques de apoplejía que la habían dejado impedida, me dicen que se suicidó tomando una sobredosis de Fenobarbital.

Si pudiera creer en Dios, o en el cielo, desearía que estuviera allí. En cualquier caso descansará, al fin, en paz.

La vida es, en verdad, muy triste.

Sin embargo, cuando me llegan los miles de cartas que los estudios reciben cada semana y veo las colas que la gente hace para ver mi última película, no puedo evitar sentir una íntima, casi secreta satisfacción, de la que no suelo hablar. Y pienso si ya habré llegado a ser tan famosa como Jean Harlow... o puede que más.



Esta edición de
MARILYN MONROE
RUBIA
94-58-91

es la primera de un original
escrito en Majadahonda en 2005,
que se edita en el cincuentenario
de la muerte de la actriz.



ASPICIUNT SUPERI

¿Por qué fracasó en sus relaciones con Di Maggio, Miller, Kazan, Sinatra, Montand, los hermanos Kennedy? ¿La novela negra de su vida acabó en asesinato, suicidio, accidente? ¿La culpa fue de sus psicoanalistas, de Hollywood, de la Casa Blanca, de la mafia, de la CIA, de Fidel Castro? ¿Por qué la odiaron, amándola, Billy Wilder, John Huston, Lawrence Olivier, Joan Crawford, Clark Gable? ¿Quién fue, en definitiva, la diosa del celuloide que murió el 8 de agosto de 1962, en tan extrañas circunstancias?

Apasionante relato de amores y desamores extremos en torno a Marilyn Monroe, este libro responde a esas preguntas y otras muchas, no solo con una concisa y completa biografía íntima de la gran actriz –para los que la ignoren o deseen recordarla–, sino que, entrelazados con ella, se añaden una serie de vibrantes retratos de quienes la rodearon, mostrándonos la huella que dejó en sus vidas... y en las nuestras.

ISBN 978-84-615-8192-4

